

ROSA Y AZUL



SUMARIO: Los colegios españoles: El de Nuestra Señora del Recuerdo, con ocho fotografías.—Croniquilla, por Bebé.—Los cosacos.—El pastor fiel.—Cuentos del concurso: Las alas, por «Nami».—**EL ENGAÑO DEL VESTIR**, comedia por Rafael Leyda. Historietas.—Carta ilustrada.—Obra útil á las madres.—Libros recibidos.—Correspondencia.—Pasatiempos.—Y las divertidas **AVENTURAS DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO**.

24 páginas, 15 CÉNTIMOS

Toda la correspondencia artística y administrativa á D. Estanislao Maestre.
Marqués de Santa Ana, 2, primero.

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Un mes.....	0,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista	6
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista.....	12

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á *Rosa y Azul* por meses, y envía su im-
porte en (1)
..... de de 1904.
El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, del Giro Mutuo, Sobre monedero ó metálico.

No se admiten sellos de Correos

PARA COLEGIALES Los trajes de mejor forma los hace y reforma más baratos que nadie, **PEDRO S. CIMARRA**, sastre práctico. ✂✂✂
San Bernardo, 56, frente á la Universidad.

NACIMIENTOS y figuras finas de Granada, Murcia, y tipos hebreos ✂✂✂ No comprar sin visitar antes la antigua casa de **E. MORENO**, Fabricante en corcho.
Corcho rústico. — Madrid. — Abada, 19 y Carmen, 31.

Cifuentes, fotógrafo. San Bernardo, 52
MADRID

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

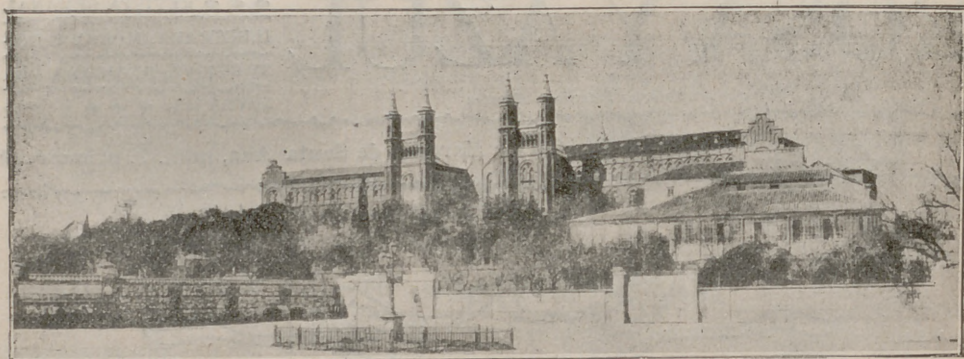
Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.

NUESTRO CONCURSO



JOSÉ ALVAREZ (de doce años)
Habitante en Madrid, Quintapa, 3, 2.º izqda.
(27 de las fotografías admitidas.)



Vista del Colegio desde la plaza del pueblo.

LOS COLEGIOS ESPAÑOLES

EL DE NUESTRA SEÑORA DEL RECUERDO

Á Ruego de varios padres que nos hacen el honor de consultarnos qué colegios nos parecen mejores para educar á sus hijos, comenzamos hoy esta serie de informaciones, que iremos publicando á medida que tengamos hecho un estudio todo lo minucioso que tan arduo problema requiere.

Y el fruto de nuestro trabajo no estimamos que deban tomarlo los padres como artículo de fe, sino como un estudio preliminar que ellos deben completar con toda suerte de datos, puesto que se trata de la base en que han de sustentar el porvenir de sus hijos.

Á juicio nuestro, es el primero de los colegios de España el de *Nuestra Señora del Recuerdo*, vulgarmente conocido con el nombre de *Colegio de Chamartín*, á causa de hallarse enclavado en el pueblo del mismo nombre.

Hállase situado el *Colegio de Nuestra Señora del Recuerdo* en un extenso parque con cerca de mampostería, al cual se llega desde Madrid por empinada cuesta, que



El bosque.



Los jardines.

empieza en el Hipódromo y termina en Chamartín, es decir, un poco hacia adentro del parque, pues para llegar al Colegio todavía hay que subir á una meseta que se eleva á 10 metros de la plaza del pueblo.

Con lo dicho bastaría para dar perfecta idea de la ventilación que tiene el edificio; mas por si no fuera bastante diremos que se encuentra completamente aislado y que tiene un hermoso pinar de 400 metros.

La planta baja del edificio tiene la rorma de una H, y los patios,

totalmente abiertos, reciben directamente el sol y el aire. El piso bajo está destinado á dependencias de servicio más transitorio: comedores, salas de visita, etc.; en el principal se hallan las clases y estudios; en el segundo, el dormitorio. Los tránsitos y galerías tienen tres metros de anchura, y todo con amplias ventanas.

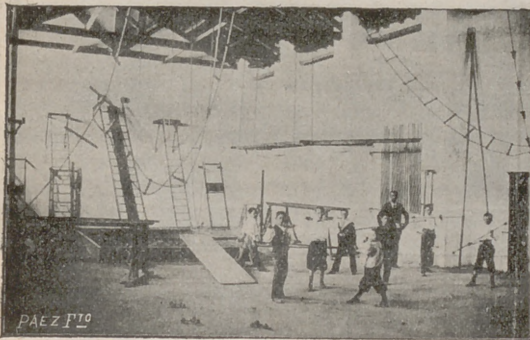
La superficie edificada es de 4.000 metros cuadrados, correspondiendo á cada persona 13 metros cuadrados. La superficie habitable 11.600 metros cuadrados, ó sean 38 metros cuadrados por individuo, y el volumen total 60.000 metros cúbicos, correspondiendo 200 metros

cúbicos á cada persona. No se cuenta en esto los servicios de cuadras, cocheras y galerías de juego cubiertas, que están separadas y alejadas del edificio Colegio.

Subamos á las clases. Tienen sus ventanas al Norte, cual aconseja la higiene. La única disposición oficial vigente, la *Real orden de 5 de Octubre de 1883*, pide para las



Tercer patio con los alumnos en recreación.



El gimnasio.

escuelas una superficie de 1,25 metros por plaza, y un volumen de 5 metros cúbicos por individuo. El alumno del *Colegio de Nuestra Señora del Recuerdo* tiene, en la clase que menos, 1,35 de superficie y un volumen de 6,50.

Todos los alumnos duermen en distintas camarillas sin techo, cuyas puertas se pueden abrir pero no cerrar sin el



El comedor.

auxilio del vigilante, formando un conjunto de celdas con calles laterales y central que facilitan la vigilancia. Las dimensiones del dormitorio son 107 metros de largo, 12 de ancho y 5 de alto. En cada extremo hay una escalera y otra salida en el centro que conduce á la escalera principal. Estas tres escaleras no sólo facilitarían perfectamente la huída en

caso de incendio, sino que sirven además de caja de ventilación al dormitorio; las ventanas de éste dan á las fachadas Mediodía y Norte. Corresponde á cada alumno una superficie de 6, 28 y 32 metros cúbicos de aire; ningún establecimiento oficial de España alcanza estas cifras.

Los datos anteriores, tomados de un folleto publicado por el doctor Tolosa Latour, cuya competencia en estas materias es por todos reconocida y acatada, y las fotografías que reproducimos de un album publicado por la casa de J. Laurent, ponen de relieve cuanto decíamos al principio del *Colegio de Nuestra Señora del Recuerdo* en su parte higiénica. En lo que á la Pedagogía se refiere, este Colegio cuenta con gabinetes de Historia natural, Física y Química por ningún otro igualados y tan buenos como los principales del extranjero.



Laboratorio de Química.

Edúcense en el Colegio de Chamartín de 150 á 200 niños, mezclados con el hijo del modesto industrial los del opulento capitalista, y en parte alguna se lleva tan rigurosamente la idea de igualdad; tal es el tacto con que los Padres dirigen á los educandos.

Es norma de los buenos pedagogos la severidad con los niños que á sus órdenes

Es norma de los buenos pedagogos la severidad con los niños que á sus órdenes

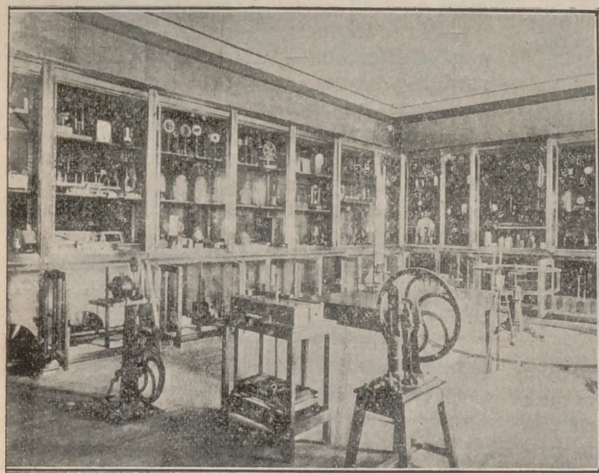
se encomiendan, y en este Colegio se cumple al pie de la letra el reglamento. Los padres tienen marcados los días en que pueden visitar á sus hijos; pasados estos momentos, el niño no es apartado de sus estudios por ninguna causa.

Pero no se crea que la severidad se trasluce en castigos; nada de eso. «La persuasión—nos decía un amiguito—es la única manera de corregirnos; Y cuando un niño es díscolo ó no hace caso de las amonestaciones, hechas dulcemente, los padres le expulsan del Colegio para que no haga malos á los demás».

De la enseñanza que reciben los educandos de este Colegio, pudieran hablar mejor que nosotros algunos de los que



Museo de Historia natural.



Gabinete de Física.

hoy figuran en los primeros puestos de la sociedad intelectual; nuestro plan no llega hasta el extremo de internarnos en el terreno puramente pedagógico.

Y con objeto de no tener que repetirlo en sucesivas informaciones, hacemos constar:

1.º Que como ROSA Y AZUL no es una revisa técnica, nuestra misión en estos trabajos no puede extenderse más allá de presentar á los padres que tan inmerecida honra nos dispensan la parte de los colegios que afecta á la higiene y puede ser investigada por todos libremente.

Y 2.º Que aun satisfechos

CRONIQUELLA

EL café estaba lleno de gente. Por entre las mesas discurrían multitud de niños, con trajes blancos, azules, encarnados... Algunos más atrevidos llegaron al piano y hasta pusieron sus manecitas en las teclas. Querían saber ellos si era preciso tener muchas fuerzas para hacer que sonara el instrumento. Y apretaban fuerte, muy fuerte... Y las notas salían agudas, chillonas... Entonces los pequeños, asustados, escapaban á refugiarse en los regazos de sus madres. Ya más tranquilos, levantaban la cabeza con cierto recelo, y como vieran que del piano no había salido ningún *coco*, volvían á empezar.

La cosa tenía mucha gracia, y el dueño del café los dejaba hacer, complaciente y bonachón.

Mientras los pequeñuelos jugaban en amigable consorcio, los padres discutían acaloradamente los últimos acontecimientos, y las discusiones se iban haciendo empeñadas, imsoportables.

De pronto el pianista ocupa su puesto y se escuchan los acordes de la jota aragonesa, ese trozo de música tan española, tan sugestiva... Nadie la escuchaba. Junto al piano comienza á bailar una pareja de niñas. La una, morenucha, chatilla, con el pelo rapado, tendrá poco más de dos años; la otra contará cuatro y es rubia, con bucles que le caen graciosamente sobre los hombros. Bailan muy bien.

Uno de los camareros llama la atención de los de su «turno», que se levantan para contemplar á los monísimos bailarines, y en seguida el público en masa deja los asientos y forma corro al rededor. Las discusiones, la vida de aquella muchedumbre quedan en suspenso un buen rato.

Y las niñas bailan siempre, sin que nadie las estimule, espontáneamente, hasta que una mujer rompe el grupo, avanza hacia la más pequeña, una especie de ratoncillo gracioso, la levanta en sus brazos y se la come á besos.

Pocas veces se escuchará un aplauso tan anónimo, tan sincero. La pequeña lucha, quiere bailar más. El pianista es amable y repite la jota. El baile comienza nuevamente...

BEBÉ.

LOS COSACOS

SON la esperanza de Rusia. Cuando en la Mandchuria se libre la *gran batalla*, ellos vengarán todas las derrotas, y sobre sus pequeños y fuertes caballos harán morder el polvo á los japoneses.

Los cosacos son un poco salvajes. Con sus gorros de piel, sus largos levitones, sus rostros fieros y sus barbas hirsutas, parecen personajes de leyenda. Terribles *cocos* para asustar á los niños.

Centuros modernos, á caballo comen, beben, duermen, juegan... Sobre ellos y sus corceles corren mil anécdotas.

He aquí una:

Un cosaco lleva un día su caballo á casa del herrador.

—El pobre está desherrado en sus cuatro patas. Mírale, padrecito. Y nadie puede herrarle.

El maestro, con mucha calma, pone á calentar los hierros y se dispone á calzar al caballo.

Pero éste cocea, salta, relincha, espumagea y se resiste heroicamente á sufrir la operación.

—Ya te lo decía, padrecito—observa sarcón el cosaco—; tú tampoco podrás herrarle.

El maestro, al oírle, se pica.

—¿Que no podré?

Agarra al caballo, forcegea con él y acaba por tumbarle patas arriba.

Este pateo, relincha, se defiende. Todo en vano.

Los oficiales le atan las cuatro patas. Y pan, pin, pan, pin, ya está herrado, libre, puesto en pie, domado.

—¡Hurra, tres veces hurra!—clama el herrador.

—Eres el rey de los herradores. Bien has ganado dos kopeks (1).

—¡Dos kopeks por ese trabajo! Tú estás loco.

—¿Cómo?... ¿Con que eres tan generoso como fuerte, tan espléndido como hábil? Gracias, gracias...

Y fingiendo creer que el maestro no quiere cobrarle nada y que trabaja por puro amor al arte, se echa sobre él, y como preso de

(1) El kopek vale cuatro céntimos.

un ataque de ternura, le abraza fuertemente. Luego, y antes de que el buen hombre se

Pero al herrador le quedan como consue- lo, las risas con que todos celebran la burla



reponga del susto, monta en su caballo y se aleja al galope... Por supuesto, sin pagar.

del cosaco, cuya silueta se va perdiendo. Y, por supuesto, la gloria. ¡Oh, la gloria!

CONCIERTO AL AIRE LIBRE



La entrada es buena...

De colaboración

EL PASTOR FIEL

UN día, mientras un pobre pastorcillo estaba guardando su rebaño y dándole de comer en un valle, al lado de un bosque, un cazador llegó y le preguntó:

—¿Cuánto hay desde aquí á la próxima aldea?

—Seis millas, señor — replicó el muchacho—; pero el camino está bueno y es fácil de pasar.

El cazador le miró y luego le dijo:

—Buen mozo, tengo hambre, estoy cansado y sediento, he perdido mis compañeros y mi camino. Deja tus ovejas y acompáñame; te pagaré como tú obres.

—No puedo dejar mis ovejas, señor—replicó el muchacho—. Se meterían en el bosque y podrían ser comidas por los lobos ó robadas por los ladrones.

—Bien—replicó el cazador—. No son tuyas. La pérdida de una ó dos no sería mucho para su dueño, y yo te daría más dinero que pastoreando puedes ganar en un año.

—No puedo dejar mis ovejas, señor—exclamó el muchacho con firmeza—; mi amo me paga á tiempo y me confía sus ovejas. Si yo no cuidara de ellas, que esa es mi obligación, y se perdieran, sería lo mismo que si me las robaran.

—Bien—dijo el cazador—. ¿Quieres confiarme tus ovejas mientras tú vas á la aldea y me procuras algún alimento, bebida y un práctico? Tendré buen cuidado de ellas mientras estás ausente.

El muchacho meneó la cabeza, y dijo:

—Las ovejas no conocen su voz y...—aquí quedóse pensativo un momento y replicó—: Señor, usted trata de hacer falsa mi confianza y quiere que rompa las relaciones con mi amo. ¿Cómo quiere usted que las ovejas tomen su voz por la mía?

El cazador se echó á reír y dijo:

—Veo que eres un muchacho fiel. Jamás te olvidaré. Enséñame el camino y yo trataré de seguirlo solo.

El joven pastorcillo ofreció al hambriento los humildes presentes de su morral; el señor se los comió alegremente.

Luego llegaron los cortesanos, y entonces el pastor, con gran sorpresa, supo que el cazador era el gran Duque dueño de todo aquel país.

El Duque estaba tan contento con la honradez del niño que se lo llevó consigo y lo educó.

En pocos años el pastorcillo llegó á ser un hombre rico y poderoso, permaneciendo honrado hasta sus últimos días.

Traducido del inglés por JUAN CANO MARESCO.

CONCIERTO AL AIRE LIBRE



Pero ¿y la salida?

to de vigilancia, y aunque no había qué guisar, dió á otro el cargo de cocinero.

Faltaban por nombrar el contra maestre y sus ayudantes; pero esto no ofreció dificultad alguna, porque como los nombramientos no se hacían de Real orden no había cosa más fácil que llenar las vacantes.

Conferidos, pues, los destinos y satisfecha la tripulación del discurso, tratóse la manera más conveniente de apoderarse del gran barco que se había visto á respetable distancia.

Mesty opinaba que lo mejor era acercarse á la proa y esperar allí hasta las dos de la mañana; á esta hora no había más que intentarlo y el buque sería suyo. Era pan comido.

Y como no hubo ninguna opinión contradictoria, quedó aprobada la del ex príncipe en su país.

Como medida preventiva se ató á los prisioneros. En seguida se aproximaron al buque. Juan quedó sorprendido al ver aquella mole. Era mucho mayor de lo que habían creído: muy poco menos que la *Harpy*. Se recogieron las velas y todo quedó en quietud y silencio.

En el buque ocurría todo lo contrario. Hacia las diez y media acercóse un bote al cual fueron bajando los tripulantes. Cuando estuvo lleno dirigióse hacia la orilla, fueron apagadas las luces y la calma sucedió al movimiento anterior.

—¿Qué piensa usted de lo que hemos visto?—preguntó Juan á Mesty—. ¿Cree usted que podremos tomar el buque?

—Para eso estamos aquí. De seguro que le tomamos. Aguardaremos un poco, y en cuanto estén dormidos...

Hacia la media noche cayó un aguacero que pudo dificultar las operaciones; pero como el tiempo prometía aclarar en seguida, Mesty opinó que era llegado el momento del asalto.

Poco á poco y sin hacer ruido bajaron al bote con dos remeros, á quienes dieron orden de atracar junto á la proa del buque. En cuanto llegaron subieron por la cadena hasta encontrarse sobre la cubierta, que estaba completamente vacía.

—¡Cuidado con disparar las pistolas!—dijo Mesty, que, como buen guerrero africano, conocía las ventajas de las sorpresas—. Mucho silencio.

Dentro todos del buque y amarrado el bote, Juan y Mesty se pusieron á la cabeza y avanzaron hacia la popa.

La noche estaba muy oscura, y para ver á una persona era preciso que se hallara muy cerca; sobre cubierta no había nadie.

Aseguraron la lumbrera en la escotilla, echaron los enjaretados sobre las de popa, y Juan, seguido de Mesty, dirigióse hacia la bitácora, donde se veía una luz.

Mesty ordenó á dos marineros que avanzaran para sujetar las escotillas, y á los demás los encargó que estuviesen apercebidos por si era menester; hecho esto, los jefes comenzaron á deliberar junto á la rueda del timón.

—Ya es nuestro el buque—dijo Mesty—; pero aún nos queda mucho por hacer. Tengo para mí que debe estar alguno dormido entre los cañones. En cuanto cese la lluvia veremos.

—Observo—dijo Juan— que el buque tiene doce cañones, y probablemente habrá bastantes tripulantes. ¿Cómo nos vamos á arreglar para apoderarnos de todos?

—No se preocupe usted—repuso Mesty—; todo se hará muy pronto. De aquí hasta que amanezca tenemos tiempo.

—Ya cesó la lluvia; encendamos este farol y reconoceremos la cubierta.

—Corriente. Que se ponga un centinela sobre la puerta de las cámaras; otro más

allá; los restantes que vengan con nosotros. Cuidado con hacer uso de las pistolas. Encienda usted la luz. ¡Nada de ruido!

Encendió Juan la luz y dieron la vuelta por la cubierta, examinándola minuciosamente. No tardaron en hallar un vulto encapotado y tendido entre dos cañones.

—¡Esta era la guardia!—exclamó Mesty—. Está durmiendo á pierna suelta sin sospechar lo que le espera.

El ex príncipe que, inconscientemente era el verdadero capitán de aquel pelotón de prófugos, ordenó que apagasen la luz; en seguida tomó un lío de cuerdas que había en el mástil de mesana, y cortándolas en trozos las repartió entre su gente; después ordenó lo necesario para amarrar á la tripulación. Cuando todo estuvo á punto, dijo:

—Encended las luces y despertad á esos holgazanes; pero sin hacerles daño ni usar las pistolas. Debemos agradecerles que nos permitan apoderarnos del buque tan fácilmente. Despertadles uno á uno y tapadles la boca. Sin hacer ruido ¿eh?

—¿Y si no se la dejan tapar?—preguntó Juan—. Suponga usted que gritan.

—Ellos lo habrán querido — contestó Mesty, acompañando sus palabras con expresión feroz y empuñando el machete.

—¡Eso no! No consiento que se les toque al pelo de la ropa.

—Y no se les tocará. Pero suponga usted que gritan y acuden más. ¿Qué sucederá entonces? Ellos tienen cuchillos de abordaje y los manejan perfectamente. La defensa estará justificada.

La observación era razonable. Habían ido á hacer prisionero al buque y ya no podían retroceder.

Con todo género de precauciones procedieron á despertar á los tripulantes. Mesty dispuso que dos marineros de los suyos

sujetaran por la garganta á cada uno de los otros; mientras los demás les ataban de pies y manos, Juan y el ex príncipe, cuchillo en mano, debían estar apercebidos por si era necesario.

Cuando quitaron el capote al primero, éste abrió los ojos, pero la mano de un marinero se puso encima de su boca, y fué atado en silencio. De igual modo fueron amarrados otros dos, sin que hubiese necesidad de hacerles daño alguno.

—¿Qué hacemos ahora, Mesty?

—Vamos al cuerpo de guardia; si suben más, les amarramos, y si lo esperamos á que amanezca, y entonces veremos.

Mesty se dirigió hacia el castillo de proa; luego dió la vuelta por la cubierta, y como no halló á nadie apagó la luz y se situó á la entrada de las cámaras.

Al amanecer, los que habían de entrar de guardia subieron á cubierta sin sospechar lo que les esperaba. Mesty y los otros se retiraron para dejarles subir antes de que los viesén. Cuatro hombres aparecieron sobre cubierta. Miraron á su alrededor buscando á los que habían de relevar, pero antes de que pudieran evitarlo cayeron sobre ellos los que capitaneaba Mesty, y los amarraron no sin alguna resistencia. Los arrimaron á los cañones. Ya de día Juan y Mesty observaron que el buque apresado era magnífico.

—Ahora nos falta apresar al capitán.

—¿Cómo lo conseguiremos, Mesty?

—Muy fácilmente.

Mesty comenzo á hacer ruido encima de la cubierta. Se oyó tocar una campana. Un hombre en camisa apareció por la escotilla. Le apresaron.

—Este es el asistente del capitán—dijo Mesty, que viene á encargar que no hagan ruido. No tardará en venir su amo con igual objeto.

Y continuó haciendo ruido.

El capitán subió furioso. Como tenía muchas fuerzas costó bastante trabajo amarrarle.

—¡Esto marcha!—exclamó Mesty—. No tardaremos en apoderarnos de todo el buque, pero es preciso asustar al capitán.

Se sentaron junto á un cañón y Mesty avanzó hacia el capitán con la cara *feroche* y blandiendo el cuchillo como si fuese á clavarle en su pecho. Luego le preguntaron los hombres que había en el buque, los oficiales, etc.

Como la cara de Mesty no era nada tranquilizadora, el capitán cantó de plano.

—Ya estamos seguros — dijo á Juan el ex príncipe negro—; pongamos á estos hombres en la bodega.

Bajaron con las pistolas amartilladas. En la puerta de la cámara quedaron dos marineros de centinela.

Los tripulantes fueron sorprendidos desnudos en los camarotes, y aunque eran en mayor número, no opusieron gran resistencia.

En la cámara les recibieron á tiros. En primer término había un anciano y un joven; más allá, una señora de avanzada edad y dos señoritas muy lindas á medio vestir. Sujetaron á los hombres, y Juan ofreció sus respetos á las señoras; pero como no le entendían escaparon á ocultar sus desnudeces en un rincón.

Mesty indicó á Juan que dejase sus cortesías para mejor ocasión, porque era preciso subir á cubierta.

Amanecía. En los barcos que divisaban á poca distancia comenzaba el movimiento.

—¿Qué hacemos con los prisioneros?— preguntó Juan—. Podíamos hacer venir el *jabeque* y encerrarlos en él.

—Algún día será usted un excelente oficial. La idea es magnífica; pero ¿qué

pensarán los otros buques si enviamos al bote en busca del *jabeque*? Bajemos la lancha, pongamos en ella cuatro hombres y que siga al costado del barco; esto es más práctico.

Dejaron que el *jabeque* llegase sin llamar la atención y á él trasladaron á los prisioneros, que eran en total treinta; y el pequeño filósofo se vió en posesión de un magnífico buque de doce cañones, en el que ya no quedaban más que siete prisioneros, las tres señoras, el capitán, su criado y los dos que había en la cámara.

En seguida ordenó á sus marineros que se pusieran los trajes y gorras de los apresados.

—¿Qué hacemos ahora? — preguntó Juan.

—Enviar á que traigan todas las velas disponibles, y mientras lo hacen preguntar al asistente dónde podremos encontrar algo para comer.

—¡Soberbio! Ya estoy yo cansado de tantas habas. ¡Ah! Voy á presentar mis respetos á las señoras.

Mesty, después de dirigir una mirada á la playa y á los otros buques, le dijo:

—Dese usted prisa, que esas endiabladas mujeres estan haciendo señas con los pañuelos á los vigilantes de la batería.

Juan entró en la cámara, tomó de la mano á la más joven y con toda suerte de respetos las invitó á salir á la galería.

Las jóvenes, que no entendían la lengua inglesa, no pudieron conceder todo su valor á las palabras de Juan. La anciana se hincó de rodillas pidiendo clemencia. El joven la levantó dulcemente y la llevó hacia la puerta de la cámara.

Mesty habíase ingeniado de tal modo que consiguió del criado del capitán les preparase un buen almuerzo.

Se reunieron todos sobre cubierta.

Juan ofreció el brazo á la anciana, y

seguido de las jóvenes se dirigió adonde estaban los prisioneros; al verlos corrieron hacia ellos y los abrazaron llorando.

Aquella escena enterneció á Juan, y cogiendo un cuchillo cortó las ligaduras á los presos; después invitóles á sentarse á comer.

Le dieron las gracias con inclinaciones de cabezas.

El capitán miraba de tal modo, que parecía decir: «¿Por qué no me desatan á mí y me invitan á comer?» Pero había costado tanto trabajo atarle que no se arriesgaron á dejarle suelto.

Empezó el almuerzo, y como los presos no parecían inclinados á tomar parte en él, se zamparon lindamente su ración

El más anciano de los apresados tripulantes preguntó á Juan si hablaba en francés. Con la boca llena de salchichón le contestó que sí. Entonces el anciano contó que iba á Tarragona con su mujer é hijos. Se llamaba D. Carlos de Córdoba y era español.

Juan le dio las gracias por aquellas noticias. El anciano le preguntó qué pensaba hacer con ellos, y le rogó procediera como caballero, y puesto que no eran combatientes que los enviase á tierra con sus equipajes.

Juan explicó á la tripulación cuanto le dijera el anciano, y como las cabezas estaban caldeadas le indicaron que deberían quedarse con las mujeres como excelente presa.

No le parecía mal el proyecto á nuestro filósofo; pero no dijo nada. Mesty se opuso terminantemente y con razones de peso; mas no se convencían tan fácilmente los excitados marineros. Entonces Juan saca del bolsillo la Ordenanza, se pone en

pie, tose tres veces, se estira la levita y... lee uno por uno todos los artículos, para demostrar que ninguno de ellos dice una palabra de la mujer; de lo cual deduce que es imposible retenerlas.

Quedaba por resolver si convenia concederles permiso para llevarse los equipajes: se acordó que sí.

Juan ordenó al asistente que diese de comer á su amo, y puso en conocimiento del anciano español que por la noche los pondría á bordo del cutter para que se dirigiesen adonde más les conviniera.

La tripulación estuvo muy ocupada durante el día con los preparativos para hacerse á la vela en cuanto anocheciera.

Examinada la despensa, en la cual habia provisiones para más de tres meses, y visto que no era suficiente la tripulación para manejar la *Carmen* (así se llamaba el buque tomado), desistieron de realizar más presas.

Dos ó tres barcos quisieron acercarse á la *Carmen*, pero al ver caídas las gavias desistieron de hacerlo.

Anocheció. Bajaron los equipajes al cutter y las señoras y los caballeros descendieron á él después de hacer demostraciones de agradecimiento á Juan. Iban muy contentos.

El capitán pidió permiso para acompañarlos, y se le concedió á condición de ser acompañado á su vez por cuatro marineros bien armados.

Conducidos al jabeque y depositados en él dejóseles á su riesgo y ventura, y los insurrectos se volvieron en el cutter y embarcaron nuevamente en la *Carmen*.

Dispuestos en debida forma, Juan ordenó que se dieran á la vela para emprender el nuevo derrotero.

CUENTOS DEL CONCURSO

LAS ALAS

(Cuento fantástico.)

LODAS las tardes al caer el sol, cuando la luz desfalleciente falseaba los colores y hacía perder su contorno á las figuras, el pintor, dejando el trabajo, bajaba á dar una vuelta por el Paseo de Rosales.

Y apenas su figura romántica desembocaba por una de las calles, las niñas, abandonando sus juegos, corrían á él. La mirada del artista brillaba entonces gozosa, sus manos acariciaban los sedosos y flotantes bucles, y rodeado por el gentil grupo, seguía hasta el fin del paseo. Allí se sentaba, sacaba de su cartera una hoja y haciendo *posar* á una de las pequeñas, rápidamente trazaba su retrato. Las otras, en torno del pintor, lanzaban admirativas exclamaciones cuando el lápiz iba marcando el parecido. Y concluída la obra, se la entregaba á la modelo, que contentísima corría á enseñarla á sus padres. Así, Ricardo, el pintor, era tan popular en el Paseo de Rosales.

Acontecía ésto por el verano. En el otoño faltó unos días, al cabo de los cuales apareció fumando como siempre su pipa de porcelana. Pero su cuerpo se inclinaba abatido, y bajo su larga barba rubia flotaban los lazos de una corbata negra.

—¡Es Ricardo, Ricardo!—gritaron las niñas que acudieron alegres. Él, sin decirles nada, las miró y de repente se echó á llorar. La emoción que sentía era tan intensa, que hubo de sentarse en un banco.

Ellas le contemplaban sorprendidas.

—Os extraña que llore—dijo al fin el pintor.—Es que tenía una hija, una niña como vosotras y ha muerto ayer

Hizo una pausa, ahogado por los sollozos. Luego siguió:

—Estaba con sus abuelos en un pueblecito de esas montañas. La pobre padecía del pecho y á los primeros fríos cayó como una hoja seca.

No dijo más. Con la cabeza entre las manos miraba con fijeza las montañas que al sol poniente se teñían de violeta. Las líneas agudas de sus crestas, se esfumaban en el horizonte blanquecino. Ondulantes y lejanas, parecían montañas de ensueño.



Las niñas se alejaron, llenas de respeto por su dolor. Pero después, se desató su charla.

—¡Qué triste está Ricardo!

—¡Si pudiésemos hacer algo para contentarle!

—Le regalaremos todos nuestros juguetes—dijo una muy chiquita.

—Tonta, los hombres no juegan—le contestó su hermana. Y todas se echaron á reír.

—Podríamos comprar flores, muchas flores, y hacer una corona muy grande y llevársela al camposanto.

—Pero está tan lejos, que cuando llegaríamos, las flores se habrían puesto mustias.

Callaron. No acertaban con la manera de contentar á su amigo.

Por fin, Lucecita, una rubia con ojos azules como turquesas, arriesgó con timidez:

—Si fuésemos al cielo á pedirle á Dios que le devolviera su hija...

Las otras se quedaron asombradas. Eso no era posible. Sólo una morena, cuyos ojos negríssimos brillaban audaces y que por su intrepidez era siempre la directora de los juegos, replicó:

—Imposible no es. Lo importante es buscar el medio de subir.

Se quedó pensativa un momento. De pronto, dijo:

—Se me ocurre uno. Que nos pongamos una sobre otra hasta alcanzarlo ;

PRIMERO LA OBLIGACIÓN....., por Benigno.



I —¡Vaya una mañanita! Hoy cojo pescado para toda la semana.



II —¡Andal!... ¡Ya ha picado!... Cuando yo decía... ¡Cómo tira!

Pero miraron al cielo y lo encontraron muy alto.

—Pues no sé, no sé—murmuró Irene, la morena, ya á punto de desmayar.

—Si rezáramos mucho, mucho...—tornó á hablar la rubia—. Podíamos esta noche, des-

pués que nos acostaran, pedirle al Angel...

—No, esta noche no—dijo una—, porque yo, en cuanto me acuestan, me duermo.

—Pues mañana.

—Eso es, mañana desde que nos levantemos á rezar—ordenó la morena.



III —¡Qué bárbaro!... No contaba yo con un pez de este tamaño.



IV —Oye, tú, que me arrastras... ¡Qué pierdo el equilibrio!

Las niñas llegaron. Era hora de volver á casa. Se fueron las niñas, parleras y rientes. Quedó el paseo solo y triste. Y el pintor seguía mirando las montañas, que se hundían en la sombra como fantasmas siniestros...



Tanto rezaron las niñas, que les brotaron alas, y batiéndolas por inconsciente impulso, al fin se encontraron todas volando por el Caminito de Santiago.

Más se sorprendió cuando le enteraron de lo que allí las llevaba.

—Eso es imposible. Es decir, imposible no hay nada para Dios. Pero como si lo fuera. De todos modos, vamos allá y que Él diga.

Más trabajos, presentaciones y ceremonias cuesta llegar hasta un Teniente alcalde que costó á las niñas hallarse en presencia del Señor. Éste las recibió con divina y paternal dulzura y las requirió para que hablasen.



—¡Socorro, señor guarda!... ¡Qué me ahogo!
—¿No ha visto usted el cartel?



—Ha infringido usted. Primero le apuntaré para que pague la multa. Y luego... veremos.

Tan rápido fué el viaje que ni tiempo de vestirse tuvieron. É iban con sus delantales, muchos sin mangas, en zapatillas, algunas sin peinar. Irene llevaba aún sujeto á la cintura el cesto de la labor.

Llegaron al cielo y tranquilamente entraron por sus puertas, que nunca están cerradas. La dificultad es que no todos tienen fuerzas para llegar hasta ellas.

San Pedro, que estaba en su portería leyendo las *Floreccillas* de San Francisco de Asís, las vió llegar sorprendido. ¿Cómo venían tantas juntas? ¡Y con aquellos perjeños!

Pero allí fué donde cayó todo su infantil atrevimiento. Hasta la audaz Irene estaba turbada. Al fin pudo tranquilizarse un tanto y con voz temblona decir:

—Venimos á pedirle á usted que devuelva la vida á la hija de Ricardo el pintor.

—¿Sabes lo que me pides? ¿Qué dirían entonces los padres de tantas niñas como aquí vienen á alegrar la Gloria con sus juegos? Eso no debe ser.

Pero ellas, ya lanzadas, suplicaron de tal modo, hicieron tantas zalamerías que Dios, enternecido, acabó por decirles:

—Bueno, dejaré marchar á Conchita. Pero con una condición: que os quedéis en cambio una de vosotras.

Las niñas se miraron llenas de susto. ¡En buen aprieto las había metido el Señor! Querían librar á Concha, pero sin renunciar á sus muñecas, ni á sus juegos en el paseo de Rosales, ni á tantos dulces como las regalaban...

Luego ellas no podían disponer de su persona sin permiso de sus papás... Y los papás no lo darían, de seguro.

Ya se iban á retirar, mohinas, cuando Luz se adelantó.

Brillaban tenaces las turquesas de sus ojos. Y resuelta dijo:

—Yo no tengo padres y me quedo.

—Perfectamente. Que venga Concha.

Llegó Concha. Era trigueña, con grandes ojos garzos, llenos de dulzura. Les dijo que estaba muy bien, ¡en la Gloria!, pero que sentía mucha tristeza acordándose de su papá.

Lucecita también estaba algo triste. La dolía separarse de sus amigas á las que quería tanto. Irene la miraba con pesadumbre. Una arruga marcaba en su frente el esfuerzo de su pensamiento. Si ella pudiese evitar que se quedara.

—Idos ya—ordenó el Señor—que vuestros padres estarán intranquilos. Ya sabes—añadió dirigiéndose á San Pedro—. Tiene que quedarse una.

Marcharon precedidas por el Apóstol. En el camino Lucecita, Concha é Irene, que iban juntas, hablando con mucha animación, se fueron quedando atrás. Y hasta una vez estuvieron escondidas buen rato tras de una nube, con un fácil pretexto.

—Adiós—dijo San Pedro acariciándolas—. Hasta la vista. Yo espero que todas haréis méritos para que os vuelva á ver.

Fué dejándolas salir, poniendo atención, porque de la Gloria nadie puede marcharse sin permiso del portero.

Salieron una y otra y otra. Ya no faltaban más que Luz y Concha, que se besaban con cariño, despidiéndose.

—¿Quién se queda al fin?

—Una servidora—respondió Lucecita. Y Concha salió. Pero al salir, sin tener cogida á Luz, parecía que la arrastraba.

—Cuidado con escaparse, que eso no es lo prometido.

—Si no me escapo... Es que me llevan. Y efectivamente era así.

—¿Pero qué sucede?—dijo escamado el santo—. Y se acercó á mirarlas. —¡Pues no se han cosido las alas!— exclamó después de un rato de examen.

Levantó la cabeza y vió á Irene que procuraba ocultar el cesto de la labor.

—¿Conque tú has sido? Pues no os ha de valer la trampa.

Y procuró romper el cosido. Pero estaba con hilo de hacer malla y no lo logró. Eran necesarias unas tijeras y en el cielo no hay instrumentos cortantes ni punzantes.

Las niñas se refan, algo irrespetuosamente, de los esfuerzos del Santo. Y amoscado éste, dijo al fin:

—Pues adentro las dos y que el Señor decida.

Y asiéndolas por las alas, las llevó de nuevo á Su presencia.

Cuando el Señor supo lo que ocurría, rió mucho. Luego habló:

—Para desuniros, ya que también os unisteis, tendría que cortaros las alas. Y sin alas, que son fe y amor, el Mundo y la Gloria serían un infierno. Así lo dijo mi amada hija Teresa, y dijo bien. Déjalas marchar, Pedro.

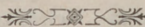
El Santo, gozoso, abrió la mano y las dos niñas, corriendo juntas, llegaron presto á donde las otras esperaban.

Y todas, blancas y puras, como una bandada de palomas, se abatieron lentamente sobre la tierra.

Lema: «NAMÍ.»

(Número trece de los admitidos.)

TEATRO GUINOL ⁽¹⁾



EL ENGAÑO DEL VESTIR COMEDIA EN TRES JORNADAS

POR RAFAEL LEYDA

PERSONAJES

DOÑA LUZ.	FRESNO, <i>criado</i> .
CAMILA, <i>criada</i> .	CONEJO, <i>idem</i> .
DON FERNANDO, <i>galán</i> .	UN CORCHETE.
DON LUCAS, <i>viejo</i> .	OTRO, <i>que no habla, pero pega</i> .

La acción en Madrid, siglo XVII.

JORNADA PRIMERA

*Calle. En el fondo casa con puerta practicable.
Es de noche.*

ESCENA PRIMERA

DOÑA LUZ, CAMILA, DON FERNANDO, FRESNO. *Salen Doña Luz, de manto, y Don Fernando, con capa de sobra usada, que mal encubre su roto traje. Detrás Camila y Fresno.*

FERNANDO.—Por favor, escuchadme, señora.

LUZ.—Os repito que me dejéis. O acaso me tomasteis por Guía de la Corte y os propusisteis, siguiéndome, conocer Madrid?

FERNANDO.—¿Sabéis si soy forastero?

LUZ.—No es difícil de adivinar, escuchándoos.

FERNANDO.—Porque siempre pongo en mi boca la verdad. Aún no me vestí el traje de la mentira.

LUZ.—Mentiroso ó verdadero, falta hace que reemplacéis el que lleváis.

FERNANDO.—No tengo con qué. Soy pobre.

LUZ (*con mal reprimida risa*).—No lo hubiera creído.

FERNANDO.—Pero hidalgo.

LUZ.—No se tropieza hoy en Madrid con nadie que no lo sea. Hasta el mozo que me porte el agua pretende tener blasón. Una cuba en campo de gules.

FERNANDO.—No os burléis. Mi linaje es limpio. Soy Girón.

LUZ.—En vuestra capa ostentáis la mejor ejecutoria.

FERNANDO.—Con mi espada buscaré el oro que falta en mi escudo. (*Signen hablando*.)

FRESNO (*d Camila*).—No te muestres esquivada, que si hoy me encuentro sin blanca, no tardarán en sonar en mi bolsa los doblones. En cuanto sea conocido en Madrid, verás cómo todos los maridos me solicitan.

CAMILA.—¿Pues qué virtud posees?

FRESNO.—La de trocar en hacendosas á las mujeres holgazanas, en memorias á las olvidadizas, en mudas á las charlatanas. ¿No ves que soy Fresno, el arreglo de las casas, la medicina de los hogares enfermos?

CAMILA.—Para los enfermos sí que sirves. Porque difícilmente se encontrará mejor colador de aguas cocidas que tu capa.

FRESNO.—Si la gasto ligera y transparente es porque á través de ella se atisbe mejor la gentileza de mi cuerpo.

CAMILA.—Haz también transparente tu cabeza para ver si así se nota la agudeza de tu ingenio.

FRESNO.—No hay ingenio agudo si va mal vestido. (*Signen hablando*.)

LUZ.—¿Vinisteis á Madrid á pretender?

FERNANDO.—A pretender fortuna, pero me encontré en el camino con el amor.

LUZ.—Acaso lo que buscáis es llegar más pronto al fin, juntando el amor á la fortuna.

FERNANDO.—¿Por qué lo decís?

LUZ.—Porque soy viuda y...

FERNANDO.—Hermosa.

(1) Véanse los números 37, 38 y 39. Esta comedia puede representarse también en cualquiera otro teatro.

Luz.—Más que hermosa, rica.

FERNANDO.—Lo sé por vuestros labios.

Luz.—Tal vez antes que mi cara, mirasteis mi bolsa.

FERNANDO.—No tenéis el derecho de agraviarme.

Luz.—¿A qué entonces esa pertinacia en seguirme?

FERNANDO.—Ya lo sabéis. Porque os amo.

Luz.—No acostumbro á platicar de amor con mendigos.

FERNANDO.—Señora...

Luz.—Muchos buscan el camino de nuestro corazón como medio de dar con nuestros escudos. Si eso es lo que necesitáis os enviaré con mi doncella una limosna.

FERNANDO.—Soy caballero, y por serlo sufro vuestras injurias. ¡Vive Dios que si milagrosamente cambiarais de sexo, mi espada os las cobraría con el alma!

Luz.—Sin duda estos hidalguitos de lugar dejan en su aldea la cortesía.

FERNANDO.—Bien dejada está cuando las damas de la corte olvidan el decoro.

Luz.—No quiero sufrir más impertinencias. Vamos, Camila. (*Entrase en la casa.*)

FRESNO.—Con que ¿no me dices nada, princesa de las fregonas?

CAMILA.—¿Para qué te voy á decir «nada», si nadas por tu propia esencia?

FRESNO.—No te entiendo...

CAMILA.—Pues es sencillo. ¿No nada el corcho? ¿Y de dónde se saca el corcho? Del alcorchoque... já... já... (*Entrase también, riendo.*)

ESCENA II

DON FERNANDO, FRESNO.

FERNANDO.—Muchos desdenes sufrí por mi pobreza, pero ninguno me hirió como éste.

FRESNO.—Si yo cogiera por mi cuenta á esa limpia platos... ¡Pues no se ha reído de mí!

FERNANDO.—Juro que he de vengarme.

FRESNO.—Bien puedes hacer voto como el caballero andante de no comer pan á manteles hasta que lo consigas, que poco te costará cumplirlo.

FERNANDO.—No está mi ánimo para sufrir burlas.

FRESNO.—No es tu lacayo quien se opone á que celebres un festín como el de Baltasar.

Yo te serviré á la mesa. ¿Qué vino prefieres? ¿Rhin? ¿Borgoña? ¿Oporto?

FERNANDO.—Calla, Fresno, ó te pego.

FRESNO.—Pegar al fresno? Permíteme decirte que te falta la lógica. Es como meter á la justicia en la cárcel; como cazar al cazador; como adelgazar al cerdo; como...

FERNANDO.—¡Calla!

FRESNO.—Como...

FERNANDO.—¡Calla!

FRESNO.—Debo callar, que decía «como» ¡ay!, y es un verbo que no conjugo ya más que en pretérito: «comía».

FERNANDO.—Viene gente. Acaso á rondar á Doña Luz. Pues yo lo impediré. (*Echando mano á la espada.*)

FRESNO.—Amo mío, reprime tus celos y retrate aquí conmigo á ver lo que hacen, que para regañar siempre hay tiempo. (*Vanse.*)

ESCENA III

DON LUCAS, CONEJO. *Sale Don Lucas, que trae puesta una hermosa capa roja. Conejo lleva también una capa nueva.*

LUCAS.—Ya llegamos, Conejo. Debimos traer antorchas para que su resplandor alumbrase la riqueza de nuestras capas.

CONEJO.—Sí, debimos, Don Lucas, porque con las antorchas vendrían hombres que las trajeran y nos defendiesen.

LUCAS.—¿Tú crees que si Doña Luz se asoma á la ventana se pecatará del lujo de nuestro atavío?

CONEJO.—Si no saca á su tocaya, dificulto que te vea, porque la noche es oscura.

LUCAS.—Ella la alumbrará con su belleza.

CONEJO.—Y á nosotros con sus doblones. ¡Ay, Don Lucas, y qué falta nos hacen para pagar nuestras deudas!

LUCAS.—Esta capa es el fruto del postrer olivar.

CONEJO.—Es la primera vez que veo á estos árboles dar fruto encarnado.

LUCAS.—Agudo eres, Conejo.

CONEJO.—Como soy delgado, agudo tengo que ser, aunque no quiera.

LUCAS.—Vamos á dar la serenata á Doña Luz. Pulsa la vihuela.

CONEJO.—Limpia la garganta.

LUCAS.—Ya estoy. (*Carraspeando.*)

CONEJO.—Pues empieza.

(*Se continuará.*)

Obra útil á las madres.

El Dr. Ulecia, de cuyos trabajos en pro de los niños ya tienen conocimiento nuestros lectores, acaba de publicar un libro interesantísimo para las madres, á las cuales puede ser muy útil.

Lleva por título *El arte de criar á los niños* y contiene: I. Lactancia (materna, mixta, mercenaria y artificial).—II. Lactancia de niños prematuros y débiles.—III. Lactancia de gemelos.—IV. Desteñe.—V. Dentición.—VI. Régimen alimenticio de los niños de tres, cuatro y cinco años.—VII. Régimen higiénico de las nodrizas.—VIII. Nociones generales de higiene (habitación, cuna, sueño, limpieza, vestidos, paseos, marcha). IX. Modos de hacer las sopas.—Apéndice que contiene historias curiosísimas para que sirvan de ejemplo á las madres.

El anterior sumario y los conocimientos que de las materias que trata el libro tiene el Dr. Ulecia, bastan por sí solos para hacerle recomendable.

Forma un elegante volumen, y se vende en las principales librerías al precio de **3 pesetas**.

CARTA ILUSTRADA

Querida amiga, tu última me gustó que tu biblioteca al
 deseo de economizar y tiempo
 Ayer fui á la tienda no que tiene un montón con una nota
 y los libros y las delicadas, y á la del Gustado y de las
 recetas del médico muestra de
 Juan el que muestra exención á la de 12 y se
 lo pides para remitirle
 Ayer de mi me regaló miografía un y no, mamá un
 y mis amigos un, una, y tú no te acordaste de mí
 llegue al tiempo y te prometo un
 siempre con el cariño de tu amigo

Antonio Aguirre

Libros recibidos

La tonta, bonita novela original de D. R. de Solano Polanco.

Almas de acero, interesante narración novelesca por D. José Rogerio Sánchez.

Pertenecen estas dos obras á las premiadas en el primer concurso de la *Biblioteca Patria*, y por sí solas se hacen recomendables.

CORRESPONDENCIA

Angel Macías.—Me satisface su respuesta.

Francisco Guerrero.—La Línea.—Publicaré los pasatiempos menos la combinación que está mal. *Aleli* se escribe con *i* latina y destruye el pasatiempo.

Francisco Ramirez.—Idem.—Se conoce que es el primer trabajo y adolece de muchos defectos. Haga otra cosita más cuidada.

Jorge Rodríguez.—Valencia.—Publicaré la carta ilustrada.

D. González y Leal.—Sevilla.—La *novillada* entra en turno; pero le ruego no sea tan extenso.

Antonio Aguirre.—Madrid.—¿Por qué no me envía algunos detalles para acompañar á las fotografías? El retrato me gusta, pero habrá de publicarse fuera de concurso.

Salvador Domínguez.—Conformes en todo. Los pasatiempos se publicarán.

F. Fraile.—Madrid.—Entra en turno.

Mateo Hernández.—Idem id.

Manuel R. Sánchez García.—Idem.—Tendría mucho gusto en complacerle; pero aconsonante usted *pueblo con bueno, jardín con ardid, allí con jardín*, etc., etc. Escriba otra cosa más cuidada.

Juan Ramirez.—Sevilla.—Acertó usted.

José Aubeyzon.—Gijón.—Admitidos.

Manuel Bermejo.—Madrid.—Muy bonita la carta.

Mauricio García.—Salamanca.—Admitido.

M. Hernández.—Villena.—Entran en turno.

G. de Mújica.—Madrid.—Mejor será que pase usted por aquí de seis á nueve de la noche.

Enrique Ibáñez.—Su deseo es justo y loable; pero tengo más pasatiempos que puedo publicar en un año.

Bernardo de Ledesma.—Ávila.—Los números á que usted alude, sólo tenían de extraordinario el precio; cuando nosotros hagamos uno, lo ha de ser verdaderamente, y eso cuesta mayor trabajo del que á primera vista supone; más aún teniendo en cuenta las notables transformaciones que va experimentando la Revista.

Fernando Uñón.—Se publicará la carta. Le acuso recibo de lo demás.



ACERTIJO por José Pedrero.

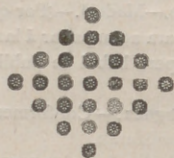
¿Cómo hay que coger á una gallina para matarla?

CHARADA por Francisco Guerrero.

Cuatro primera un teatro;
mi *dos*, nota musical;
tiempo verbal *tres primera*;
mi *tercera* una vocal.

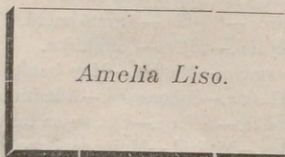
Y mi *cuarta* es un artículo,
también nota musical;
reflexionando, mi *todo*
nombre de mujer dará.

ROMBO por L. Ruedas.



Leed horizontal y verticalmente: 1.º, consonante; 2.º, adverbio de cantidad; 3.º, nombre de varón; 4.º, número; 5.º, adjetivo; 6.º, monte, y 7.º, vocal.

TARJETA por Flora Gilmán.



Combinando las letras de esta tarjeta resultará el nombre y apellido de un ilustre pintor.

FUGA DE VOCALES por S. Domínguez Tejedor

S..mpr. .st.y d.s..nd. q. l.s d..s
pr.nt. s. p.s.n y q. ll.g.. l s.b.d.
p..s l R.s. y .z.l s.l. s. d..
y .s pr. m. l m.s l.nd. s.m.n.r..

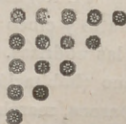
JEROGLÍFICO por Leonardo Ordoño.

25 céntimos C

LETRA NUMÉRICA por Vicente Más.

1	2	3	4	5	6	7	Nombre de varón.		
4	7	6	7	1	2		Idem de mujer.		
1	2	3	4	2	3		Verbo.		
			2	6	2		Para volar.		
		1	2	3			Conjunto de aguas.		
		7	3	7			Metal.		
		7	6	2			En el mar.		
		4	2	6			Mineral.		
		1	2	3	1	7	Piedra caliza.		
		4	7	6	5	3	Enfermedad.		
		4	2	6	2	1	2	3	Animal molusco.

TRIÁNGULO por Luis R. L.



1.º, tiempo de verbo; 2.º, pueblo de Guipúzcoa; 3.º, fruta; 4.º, artículo neutro, y 5.º, vocal.

SOLUCIONES

A la charada por S. Blanco y Turiño: GASPAR.
A la copa numérica por José Castejón: CARTAGENA.

A la fuga de vocales por H. Hernández:

Perlas de rocío,
no puedo ni verlas,
porque me parecen
las lágrimas de ella.

A la tarjeta por Teodoro Goñi: LA CANCIÓN DEL NAUFRAGO.

Al logogrifo numérico por J. Codañi López: ALICANTE.

A la charada por José L.-Amor: SOLTERA.

A la combinación por Eloísa Ruedas:

ELENA
FELISA
TERESA
PAZ
ANA
ISABEL
DOLORES
MANUELA
ROSA
CLOTILDE
CARMEN
MARIA
REMEDIOS
FRANCISCA
TIMOTEA
MARIANA
INES

Libros de Escribano, para 1.^a enseñanza

(APROBADOS DE TEXTO)

Los libros de **Escribano**, para la 1.^a enseñanza, son verdaderamente racionales, y el procedimiento que se emplea en los mismos está ajustado á la moderna Pedagogía.

El Maestro que ensaya dichos libros es seguro que los adopta en su escuela ó colegio. A estas buenas condiciones unen tales obritas la de ser muy económicas y de excelentes condiciones materiales.

Roberto, novísimo método de lectura (1.^a y 2.^a parte).

La colección de carteles que contiene dicho método.

Los Elementos de Geografía.

Nociones de Aritmética.

Nociones de Geometría.

Nociones de Historia de España.

Nociones de Historia Sagrada (con aprobación de la Autoridad eclesiástica).

Trozos escogidos y coleccionados (prosa y verso), cuya 3.^a edición, corregida con esmero, acaba de ponerse á la venta.

Pueden pedirse los citados libros en todas las buenas librerías y al administrador de *La Enseñanza*, Pontejos, 1, quien facilitará ejemplares de muestra á los Profesores y librerías, previo el envío de un sello de 0,15 pesetas.

COLEGIO DE ALFONSO XIII

Antonio Grilo, núm. 8

MADRID

MAGUILLA



Marca de Fábrica

HARINA LACTEADA

ALIMENTO ESPECIAL

PARA

NIÑOS

Ancianos y convalecientes

BIBLIOTECA INTERNACIONAL

DE

CIENCIAS SOCIALES

(ZAHM Padre dominico).

LA EVOLUCIÓN Y EL DOGMA

(Acabada de publicar), 5 pesetas.

SCHEICHER (Profesor de Moral).

LA IGLESIA Y LA CUESTIÓN SOCIAL

3 pesetas.

A. ZERBOGLIO (Catedrático y Diputado).

EL SOCIALISMO Y LAS OBJECIONES MÁS COMUNES

2 pesetas.

Todas estas obras, de universal reputación, esmeradamente traducidas é impresas, se hallan de venta en la *Sociedad Editorial Española*, calle de San Roque, 18, Madrid.

COLEGIO DE SAN ISIDRO

De primera y segunda enseñanza, incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros.

Espíritu Santo, 28, MADRID

Para toda clase de anuncios diríjanse á Mayor, 1, tel.º 123, Sociedad Anunciadora

LA PRENSA

ANTES DE TOMAR LA LACTOFERINA - DESPUES DE TOMAR LA LACTOFERINA

Tos Perina
y toda clase de
TOS EN LAS NIÑOS DESAPARECE EN POCOS DIAS CON LA
LACTOFERINA
del Dr. M. CALDEIRO
5 pls. caja en todas las farmacias y
D. G. GARCIA-Capelanes 1-MADRID
Por 5,50 pls. la remite el autor por correo
PUERTA DEL SOL N.º 9
MADRID

LA PRIMERA CASA EN CHOCOLATES

BARQUILLO, 30.—MADRID

Géneros ultramarinos y del país.—Especialidad en quesos y conservas.

LA MÁS HIGIENICA LA QUE MEJOR PESA

SOBRE-MONEDERO

para mandar por correo dinero en metálico, certificado, con la garantía del Estado, que abona la cantidad declarada en caso de extravío. Se vende en todos los estancos á **25 céntimos.**

En el sobre-monedero pueden remitirse hasta 50 pesetas en cualquier clase de moneda.

Oficinas: **GOYA, 19, BAJO MADRID**

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

JOSE BREÑOSA, redactor artístico de ROSA Y AZUL.—Lecciones de dibujo y modelado. Dirijan los avisos á la Administración de esta Revista.

LIBRERIA

DE

AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los colegios de libros de enseñanza. OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

Pídanse catálogos.

MADRES Existen cajas falsificadas de la *Denticina* que han imitado bien para sorprenderlos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 8 pesetas. Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida en todo el orbe. Caja: 8,50 pesetas (antes 10 reales). Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

SASTRERIA «EL INFANTE»

para niños y caballeros. 26, PRECIADOS, 26

Trajes paño desde 5 pesetas.
> jerga > 10 >
Gabanes > 10 >

SECCIÓN DE CABALLERO

Traje desde 40 pesetas.
Gabán > 85 >

Todo confección esmerada y géneros superiores.

26, PRECIADOS, 26

PASTILLAS — con cocaína — BONALD

Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granulaciones y afonía. Premiadas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibacilar BONALD, de thlocoo-elnamo-vanádico-fosfo-glicérico

De acción segura en la tuberculosis, bronco neumonías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gripales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PESETAS

ACANTHEA BONALD. Poderoso agente para combatir la neurastenia, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor,

Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid